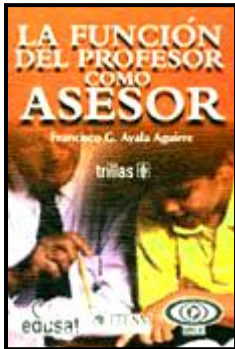


LIBROS

Ayala, F. (1998). *La función del profesor como asesor*. México: Trillas, ITESM, Universidad Virtual.



Presento un capítulo del libro *La función del profesor como asesor*, de un autor que ya ha aparecido antes en esta página. Me refiero al profesor y psicólogo mexicano Francisco Ayala. En este capítulo titulado “La función de la asesoría en la docencia”, Ayala nos dice cómo los profesores debemos cumplir nuestra función de orientador para con nuestros alumnos. Ayala parte del supuesto que todos los profesores, de cualquier nivel educativo en el que se desempeñen, aparte de su función educadora, deben cumplir con su función orientadora. Así, inicia el capítulo presentándonos los tres ejes de la asesoría: comunicación, emocionalidad y formación.

Continúa mencionando los errores más comunes en la práctica de la asesoría y termina explicándonos los fenómenos de la transferencia y contratransferencia en la relación de asesoría.

LA FUNCIÓN DE LA ASESORÍA EN LA DOCENCIA

LA ASESORÍA ES UNA RELACIÓN HUMANA Y EDUCATIVA

En términos muy sencillos, la asesoría (u orientación) implica una relación de carácter humano, donde el profesor tiene la capacidad de analizar la dimensión del problema y el tipo de participación que puede tener.

En esta relación humana, el profesor tiene confianza y respeto por las posibilidades de desarrollo que tiene cada alumno, y bajo esa perspectiva de respeto y confianza, interviene buscando el mejor desarrollo para el alumno.

Se puede decir que en esa relación humana el profesor ayuda al alumno (independientemente de su edad), según cada caso, a tomar conciencia de sí mismo y de sus responsabilidades, estimulando su capacidad de observar la forma en que el ambiente influye sobre su conducta.

La relación de asesoría se señala aquí como una relación humana con la intención de distinguirla de una llana relación profesional maestro-alumno. Este tipo de relaciones, solo vistas desde lo profesional, limitan y estereotipan la relación educativa.

La relación maestro-alumno siempre va más allá de una relación profesional, puesto que es una relación intensamente humana, algunas veces apreciada solo por una de las partes.

La relación de asesoría es también, de modo inevitable, una relación educativa.

Cada vez que interactúan maestro y alumno o un grupo de alumnos, estos se ven influidos por las actitudes del profesor, y aprenden sobre actitudes y valores en esa interacción. El aprendizaje de los alumnos es intenso, pues se vive la mayor parte de las veces desde la emocionalidad; y es un aprendizaje que surge en el contexto del reclamo de ayuda y la necesidad de asesoría por parte del profesor.

El proceso de asesoría está relacionado con el cambio y el desarrollo, pero no significa que el profesor intente cambiar al sujeto. "Es el sujeto quien busca el cambio y el desarrollo en su interior y el papel del profesor es ayudar a dicho cambio sin quitarle la dirección al sujeto, sino haciendo que pueda aclarar metas y sentimientos hasta que sea capaz de tomar con seguridad y confianza la autodirección".

Se puede decir que la asesoría es un proceso de interacción que facilita una comprensión significativa de lo que le pasa al sujeto y que da como resultado el establecimiento y esclarecimiento de las metas y los valores con miras a la mejora en las acciones y desarrollo del individuo.

La asesoría es un proceso donde la actitud de escucha atenta debe estar siempre presente y donde la confidencialidad de lo que se trate es algo que siempre debe respetarse, a menos que se ponga en juego la seguridad e integridad del alumno y su entorno.

En este proceso, la aceptación tiene un papel fundamental y la comunicación de esa aceptación incluye conductas verbales y no verbales del profesor. Estas conductas permiten el acercamiento del alumno y le dan confianza para pedir la asesoría.

La manera en que el profesor comunica que acepta al alumno en el proceso de asesoría, depende de su tono de voz y de sus expresiones faciales y movimientos, así como de su postura y de la distancia física que guarde con respecto a la posición del alumno.

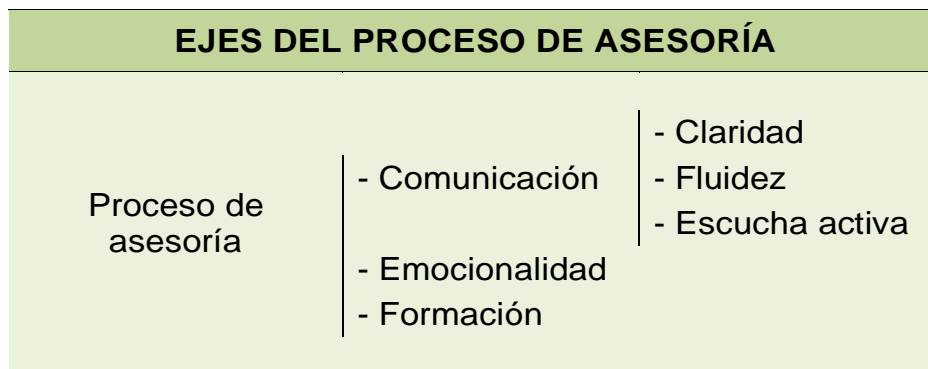
Todo lo que pasa en torno a la relación maestro-alumno representa una serie de señales que el alumno percibe e interpreta.

Dentro del proceso de asesoría es importante, tanto para el tutor como para el que solicita la asesoría, hacer un esfuerzo de esclarecimiento en cuanto al problema que origina tal necesidad.

Por parte del profesor, el esclarecimiento implica el propósito de expresar en forma más clara o más reconocible sentimientos o actitudes del que solicita la asesoría. Se busca aclarar tanto para uno como para otro la intención de lo que solicita el estudiante.

LOS TRES EJES DEL PROCESO DE ASESORÍA

En el proceso de asesoría que establece el profesor con sus alumnos se pueden observar al menos tres ejes principales sobre los que se sostiene la interacción entre ambos participantes del proceso.



El eje de la comunicación

En términos generales, los docentes han aprendido a interponer entre ellos y sus alumnos "cómodas" barreras en el proceso de interacción comunicativa. En todos estos casos, independientemente del nivel escolar, el docente parte del supuesto de que él solo es el maestro e imparte su clase limitando su interacción verbal con los alumnos en su sesión de clase. Incluso, durante ese tiempo de clase, la comunicación es de una sola vía y el profesor se dedica a exponer su clase sin estimular la interacción verbal con los alumnos.

Desde otra perspectiva muy diferente, y partiendo de que el acto educativo es de entrada un acto comunicativo, el profesor que se ha sensibilizado a su función como asesor u orientador también será un observador de la calidad del proceso de comunicación entre él y sus alumnos.

Los profesores son los responsables de observar cómo se da la comunicación en sus interacciones con alumnos de modo individual y en sus grupos de aprendizaje.

Por lo tanto se espera que el proceso de comunicación del profesor con sus alumnos en la tutoría cumpla con algunos requisitos básicos.

Claridad. En los mensajes emitidos, el profesor debe asegurarse de comprender claramente lo que el alumno le está solicitando. Debemos recordar que muchas veces el alumno no sabe cómo expresar su necesidad de tutoría.

El profesor hará lecturas de los mensajes emitidos por sus alumnos; un cambio de conducta, una baja calificación, un acto agresivo y llanto inexplicable son sólo algunos ejemplos de mensajes emitidos por los alumnos.

Una tarea ineludible del profesor-asesor es su actividad constante de esclarecimiento de los mensajes de sus alumnos.

Fluidez. En la recepción y en la respuesta a los mensajes, por toda acción se espera una reacción; lo importante en este proceso es que la reacción sea expedita y oportuna. El profesor-asesor debe estar atento en observar los mensajes emitidos

por los alumnos y tratar de dar respuesta en la medida de sus posibilidades.

Las demandas de los alumnos muchas veces quedan fuera de toda posibilidad de respuesta por parte del profesor; no obstante, el profesor orienta al alumno para buscar un espacio que responda a sus demandas.

Escucha activa. El profesor-asesor debe escuchar de modo integral los planteamientos de sus alumnos. Además de escuchar las demandas que se plantean verbalmente, debe ser un excelente observador del lenguaje no verbal presente en la interacción con sus alumnos, tanto individual como grupalmente.

Es importante recordar que, además de escuchar por el oído, también se "escucha" por la observación, así que se puede tener información muy relevante al observar movimientos, gestos, vestimenta, etcétera.

El eje de la emocionalidad

La figura del profesor está siempre investida por una amplia gama de expectativas, que variará según el nivel académico en que se desempeña el docente, además del contexto sociocultural de su práctica.

El profesor puede representar para sus alumnos modelos positivos y/o negativos de identificación, y si se está de acuerdo con esto, también se estará con que los profesores son una fuente generadora de diversas emociones. Si el profesor sonrío o grita a un alumno, se dispararán emociones internas placenteras o dolorosas que se reflejarán inevitablemente en las acciones del alumno.

En el contexto específico de la asesoría, las emociones juegan un papel fundamental. El alumno busca y se acerca al docente con una emocionalidad definida, buscando apoyo, escucha, comprensión, ayuda y solución a su problema. Recibe lo que el profesor ofrece como respuesta también con cierta emocionalidad, abrigando deseos y expectativas propias.

El profesor debe ser un observador crítico e inexorable de la emocionalidad de sus alumnos y de la suya propia.

La posibilidad de observar la emocionalidad del alumno, es decir, de tratar de entender donde se origina ésta, qué espera del profesor y por qué lo busca en ese momento, le permitirá al docente hacer un análisis más objetivo y certero sobre los motivos que lo llevaron a buscar su asesoría.

Por otra parte, el profesor debe ser un constante y crítico observador de su propia emocionalidad. Cada alumno, cada grupo y cada momento de la vida del docente le exponen a la posibilidad de expresión y vivencia de diferentes emociones. De tal modo que diferentes alumnos pueden despertar en el docente también diferentes emociones.

Un profesor se puede llenar de ansiedad cuando se enfrenta al caso de un alumno que es maltratado en su casa, y mantenerse equilibrado y sereno ante otras

situaciones.

El profesor de este ejemplo puede encontrar en esa situación la oportunidad de entender su propia emocionalidad y su adecuado manejo en el futuro.

El equilibrio emocional es básico en la función docente tanto como en la interacción de asesoría. Sólo un equilibrio emocional en el docente permitirá una asesoría efectiva.

El eje de la formación

En la relación de enseñanza-aprendizaje está presente de manera consciente e inconsciente, abierta o encubierta, la formación de los alumnos. No es posible asumir que lo que los alumnos aprenden en la escuela se limita al conocimiento de algunas materias y al desarrollo de ciertas habilidades y destrezas.

En todos los niveles, la escuela es una fuente alternativa para la incorporación de valores y actitudes, sin que en este momento se discuta si son buenos o malos. La escuela trasmite como institución viva el amor o el desamor por las artes y las ciencias. Los profesores, los directivos, los pasillos y las aulas son una fuente de estímulos gratificantes o frustrantes a los que el alumno se expone buena parte del tiempo de su vida. En muchos casos, bien se puede decir que los alumnos aprenden a pesar de la escuela.

Por lo general, el personaje protagónico principal del escenario escolar es el profesor, quien además de lo que aporta a la formación de sus alumnos desde su estilo y personalidad propia, es el encargado de diseñar todas aquellas actividades extraescolares y grupales que generan una riqueza excepcional en la formación de los alumnos.

El profesor tiene una personalidad propia y un estilo de interacción particular, los cuales dejarán huella en mayor o menor grado en cada uno de sus alumnos.

El profesor-asesor tiene una oportunidad privilegiada de aportar a la formación de sus alumnos una actitud abierta y sin prejuicios y una disposición a la ayuda y a la colaboración. La posibilidad de escuchar y respetar en la relación con un alumno es ejemplo de aprendizaje en cada momento en que se interactúa. El alumno toma e introyecta elementos de esa interacción que difícilmente se aprenderán en clase durante una excelente exposición del maestro.

La asesoría es una oportunidad constante de aportar actitudes y valores a la formación del alumno, aspectos que no podrán aprenderse en otra forma más que a través de la vivencia de la interacción entre el profesor y el alumno.

LOS SIETE ERRORES MÁS COMUNES EN LA PRÁCTICA DE LA ASESORÍA

En este apartado se presentan algunos de los errores más comunes en la práctica

de la asesoría.

LOS ERRORES MÁS COMUNES EN LA PRÁCTICA DE LA ASESORÍA
Dar consejos
Persuadir o convencer
Interrogar
Sólo dar información
Dar advertencias
Entrevistar
Confundir con psicoterapia

El error de dar consejos

La tutoría no se trata de dar consejos o recomendaciones. Este comportamiento iría en contra de la creencia de que los individuos tienen en su interior sus propias fuentes de cambio y de toma de decisiones. Por lo anterior, el respeto al individuo es fundamental. El dar un consejo en un momento en que el alumno no tiene claro lo que le pasa, puede traer más dificultades que ayuda.

Los que dan consejos obtienen una gran satisfacción con esta actividad, pues les deja sentirse constructivamente útiles, al mismo tiempo que les permite tener bien controlados sus propios sentimientos de impotencia. En muchos momentos es mejor esperar a que el alumno encuentre respuesta a sus demandas, que dar el consejo sólo por tener algo que ofrecerle. Lo anterior implica el cuidadoso análisis de la etapa de desarrollo del alumno y de su caso en particular.

Con frecuencia, quien da consejos corre el peligro de escuchar solo una parte de lo que la persona que busca asesoría quiere decir. Parte de la dificultad a menudo residirá en el "aconsejado" mismo, que no deseará más que poner al tutor en el papel de dar consejos. Es fundamental, en este punto, guardar la calma; es decir, no se debe ceder a la demanda del aconsejado, ya que muchas veces sólo busca quien apruebe o desaprobe un hecho, ya sea para sentirse más tranquilo o para tener a quien culpar posteriormente; esto último sucede la mayor parte de las veces de manera inconsciente.

El error de querer persuadir o convencer

La asesoría no consiste en influir en las opiniones o en el comportamiento mediante

la persuasión o la argumentación, o intentando convencer directa o indirectamente. Se debe recordar que por ser profesores se tiene un fuerte nivel de influencia posible sobre los alumnos, por lo que convencer o persuadir puede ser fácil, aunque realmente eso no resuelva el problema. En concreto, no se debe influir sobre actitudes, creencias o conductas por medio de la persuasión, las influencias o la convicción, por más sutiles que puedan ser.

Solamente en casos extremos, donde se ponga en juego la seguridad del alumno o la de las personas que le rodean se podría recurrir a la persuasión. No se puede poner en juego la seguridad del alumno, ni la de sus compañeros.

El error de convertir la asesoría en un interrogatorio

Cuando se hacen muchas preguntas, es común provocar en el alumno el tipo de resistencia que se produce cuando alguien siente que le atacan o le diagnostican. Por consiguiente, la información conseguida de esta manera queda completamente contrarrestada por la hostilidad producida en el sujeto. Dicha hostilidad se manifiesta en una coraza muy difícil de penetrar, en una actitud defensiva fuerte.

No se debe olvidar que lo importante no es la cantidad de información que se pueda recabar sino la calidad; muchas veces, la información más valiosa la trae el alumno a cuenta por sí solo. Tener paciencia para escuchar y entender el motivo del alumno para buscar un acercamiento con su profesor (asesor) es ya bastante información, así que se le debe dar oportunidad de expresarlo.

El error de sólo dar información

La asesoría no se limita al simple suministro de información, aunque durante la relación puede darse. La relación interpersonal rebasa con mucho la mera información. Si un alumno solicita asesoría, el profesor está ante la posibilidad de escuchar al alumno y no sólo de hacerse escuchar por el alumno.

El error de las advertencias

La asesoría no consiste en influir sobre la conducta mediante advertencias, amenazas u otros modos de obligar, como el uso de la fuerza o de la coerción física. Se debe tener claro que la disciplina en su sentido estricto no es de ningún modo equivalente a realizar asesoría.

El error de considerar que la asesoría son entrevistas

La asesoría no implica necesariamente la realización de entrevistas en el sentido formal del término, ni requiere de una cita formal con un horario o lugar preestablecido formalmente. Conocer a un alumno y su situación puede hacerse en una entrevista con él y/o sus padres, aunque también se puede conocer a un alumno observándolo.

El error de considerar la asesoría como psicoterapia

Los asesores no son psicoterapeutas, pero es preciso que estén convencidos de que su principal área de interés serán los alumnos que normalmente experimentan dificultades de desarrollo, junto con sólo una pequeña cantidad de alumnos que sufren problemas de personalidad moderados o incluso graves.

En la experiencia de la docencia, debemos discriminar quién tiene realmente un problema que amerite atención psicoterapéutica, e incluso tener información de qué hacer y a quién acudir por ayuda. El profesor debe tener a la mano información sobre expertos que le permitan ayudar a su alumno en el diagnóstico y tratamiento de sus problemas (médicos, psicólogos, neurólogos, nutricionistas, etcétera).

Los asesores, como cualquier persona cuyo trabajo implique relaciones humanas, están expuestos a tenerse que enfrentar a veces con los trastornos clínicos más graves, pero generalmente tales casos se hallarán fuera de su competencia y su principal tarea consistirá en reconocerlos y remitirlos a personas adecuadas. La asesoría no está interesada primordialmente en una reactivación del pasado, ni en aquella reeducación total de la personalidad, tanto a nivel consciente como inconsciente, que constituye el espacio de acción propio del psicoterapeuta.

EI PROBLEMA DE LAS PRIMERAS IMPRESIONES Y LA SUBJETIVIDAD EN ASESORÍA

Solo ciertos tipos de impresión tomadas del alumno en un primer momento resultan reales, de tal modo que la tarea del profesor, en este sentido, consiste en escoger lo que cree que es información confiable, manteniendo una actitud de neutralidad hasta obtener mayores datos. Las primeras impresiones únicamente deben funcionar para formular algunas hipótesis que el profesor irá reafirmando o rechazando a lo largo de su relación con el alumno. Nunca se debe caer en el extremo de elaborar hipótesis prematuras.

El docente debe estar atento para evitar la acción de los prejuicios en estas impresiones primarias, ya que se corre el riesgo de caer en la generalización de ciertos rasgos específicos y tomar por algo real aquellas características del alumno que son meramente exteriores, como la fisonomía, la apariencia personal y la manera de presentarse ante el profesor, y de ese modo suponer que un alumno es flojo porque usa el pelo largo o que es inteligente y trabajador porque viste bien.

Podríamos decir que la mejor forma de sacar provecho de estas primeras impresiones es mantener, constantemente, la más objetiva de las actitudes, ya que es la única forma de evitar en cierta medida la acción de los prejuicios.

Uno de los puntos más sensibles en la relación maestro-alumno, donde el profesor puede caer más fácilmente en error, se observa al valorar, de una manera objetiva y real, la información que recibe de sus alumnos. Resulta fundamental que el profesor tenga un buen nivel de conocimiento de sí mismo, esto es, que tenga clara su escala

de valores, su ideología, sus puntos débiles y sus prejuicios, para conocerlos y controlarlos y así poder diferenciar sus propias experiencias y sentimientos de los que le plantean sus alumnos. Algunas emociones pasajeras pueden distorsionar la percepción; por ejemplo, el profesor que no se conoce a sí mismo puede estar muy molesto por una discusión que tuvo con otra persona y durante una situación académica de tutoría podría tratar de descargar su enojo contra algún alumno. La percepción no es una operación mecánica, más bien está afectada en forma continua por experiencias, actitudes, emociones y motivaciones personales. Toda la información que se percibe en una relación interpersonal está filtrada por los afectos.

El origen de la mayoría de las motivaciones de las personas es inconsciente, y en la relación maestro-alumno se deben observar y analizar las causas intelectuales del comportamiento humano, además de las causas psicológicas relacionadas con los sentimientos y emociones. Lo anterior no obliga a estereotipar la relación que se establece con los alumnos.

La mayoría de las personas tienen prejuicios formados acerca de los demás, pero rara vez se tiene conciencia de esto. Se piensa comúnmente que los prejuicios son actitudes muy exageradas y extremistas, como la discriminación racial, política o religiosa: pero al analizar las actitudes diarias, nos damos cuenta de que estos prejuicios son mucho más simples; por ejemplo, se tiene antipatía o simpatía por las personas que cumplen con ciertas características físicas y muchas veces se emiten juicios distorsionados con base en éstas.

Cabe recordar el importante papel que juega la empatía en el proceso de relación maestro-alumno. Este esfuerzo de identificación comprensiva con el alumno también dificulta la separación entre la experiencia del profesor y los datos que aporta el alumno en la relación.

Los siguientes puntos presentan algunas recomendaciones para lograr una mejor objetividad en el proceso de relación maestro-alumno:

- a) Tener un buen conocimiento de sí mismo y hacer paralelamente al proceso de relación con los alumnos una constante discriminación de lo que corresponde al alumno y lo que es del profesor.
- b) En el proceso de relación con los alumnos, centrar la atención en dicho proceso y evitar divagar en otras cosas.
- c) No imponer formas de pensar, ni buscar influir en los alumnos.
- d) Absoluto respeto a las ideas que presentan los alumnos.
- e) Evitar el prejuicio por la información previa que se tenga sobre los alumnos. Hacer un esfuerzo por la neutralidad.

Es evidente que no se puede establecer una relación humana sin actuar bajo ciertos prejuicios, ya sea de manera consciente o inconsciente. No obstante, tanto en la entrevista como en su posterior análisis, el profesor debe hacer un esfuerzo constante por objetivizar su percepción del proceso de relación establecida con sus alumnos.

TRANSFERENCIA Y CONTRATRANSFERENCIA EN LA RELACIÓN TUTOR-ALUMNO

En la relación entre profesor y alumno hay que contar con dos fenómenos altamente significativos propios de la teoría psicoanalítica: la transferencia y la contratransferencia. La primera se refiere a la actualización en la relación de sentimientos, actitudes y conductas inconscientes, por parte del alumno, correspondientes a pautas que éste ha establecido en el curso de su desarrollo, especialmente en la relación interpersonal con su medio familiar. En la transferencia, el alumno asigna roles al profesor y se comporta en función de los mismos. En otros términos, traslada situaciones y pautas de conducta pasadas a una realidad presente y desconocida, y tiende a configurar a esta última como una situación ya conocida, repetitiva aunque no consciente.

En la docencia nos encontramos cotidianamente con este fenómeno; resulta común ese gracioso detalle de que algún alumno llame, por descuido, a su asesor mamá o papá, según sea el caso. En ese pequeño *lapsus linguae* se manifiesta una relación transferencial importante. Lo anterior no quiere decir, literalmente, que el alumno identifique totalmente al docente como una figura paternal, pero queda claro que al menos en alguna actitud, muchas veces no real, se deposita en el docente esa relación transferencial.

Es importante señalar que dicha transferencia puede tener una connotación tanto positiva como negativa. En el caso de la docencia es fácil que los alumnos otorguen al profesor atributos positivos y/o negativos, que no son otra cosa que una proyección transferencial.

Al momento de recibir la solicitud de una asesoría por parte de un alumno, el profesor debe tomar en cuenta que se le busca por el rol transferencial y no necesariamente por sus atributos reales. Al tomar en cuenta la existencia de este fenómeno, el profesor logra una mayor objetividad en el proceso de sus relaciones con los alumnos.

Por otra parte, en la contratransferencia se incluyen todos los fenómenos que aparecen en el profesor como emergentes del campo psicológico configurado en la relación con sus alumnos; tales fenómenos son las respuestas del profesor a las manifestaciones del alumno, o sea el efecto de éstas sobre él. Por lo anterior, a la observación en la relación maestro-alumno se agrega también la autoobservación.

Es evidente y natural que en el profesor se despierten reacciones ante lo que el alumno manifiesta; de hecho, también es natural que en la relación con sus alumnos el profesor presente cierta simpatía o antipatía por un alumno o un grupo de alumnos. Sin embargo, si el profesor no mantiene un buen nivel de autoobservación, actuará de un modo poco propicio para el buen desarrollo de la relación con sus alumnos.

Transferencia y contratransferencia son fenómenos presentes en toda relación interpersonal, de manera que también se dan en la asesoría. La diferencia reside en que en esta última debe utilizarse como instrumento técnico de observación y comprensión de la relación que se establece entre el maestro y el alumno.

LA ANSIEDAD Y LA SUBJETIVIDAD EN LA ASESORÍA

La ansiedad constituye un índice del curso de la relación con los alumnos y debe ser atentamente seguida por el profesor, tanto la que se produce en él mismo, como la que aparece en los alumnos bajo ciertas condiciones de estrés. La ansiedad del profesor es uno de los factores más difíciles de manejar, porque es el motor del interés de la investigación y del interés de penetrar en lo desconocido. En toda investigación hay la ansiedad frente a lo nuevo, y el investigador tiene que poseer la capacidad para tolerarla e instrumentarla, sin lo cual se cierra la posibilidad de una investigación eficaz; esto último ocurre también cuando el investigador se ve abrumado por la ansiedad o recurre a mecanismos defensivos frente a ella (racionalización, formalismo, etc.). La ansiedad es común cuando se trata con demasiada formalidad el proceso de asesoría, por lo que resulta más sencillo hacerlo con la naturalidad de quien escucha a alguien contar sus problemas.

La ansiedad aparece tanto con el grupo de alumnos en clase como cuando algún alumno se acerca para pedir o exigir algo del profesor. Por lo tanto, la ansiedad debe verse como algo natural y necesario en la relación del profesor con sus alumnos.